

Lo que piensan y viven hoy los mapuches

# Un pueblo no muere para siempre

**E**CRISTIAN VILA RIQUELME día que llegamos a Temuco estaba parcialmente nublado, pero la bandera mapuche flameaba luminosa en la sede del Aukiñ Walmapu Ngulam (Consejo de Todas las Tierras). Ya estaban al tanto de nuestra visita, de nuestras intenciones y de nuestra solidaridad, de manera que el primer contacto no fue difícil. Al rato, estábamos hablando con Aueñin Huilcamán, quien, a las pocas horas ya nos tenía organizadas las vistas a distintas comunidades mapuches, privilegiando la visión global, amplia de todo lo que constituye el pueblo mapuche, ayer y ahora. Por eso mismo, también, nos explicó la postura del Consejo, las divisiones en el seno del pueblo mapuche, la incomprensión e ignorancia de las autoridades chilenas, la otra historia (la que no sale en los textos escolares), las utopías y sus posibilidades...

### Mari mari peñi...

Porque indudablemente el Consejo no es la única organización mapuche que cuenta con apoyo de su pueblo, pero sí la única que, hasta ahora, hace intrínseca la cultura, tradiciones, historia y presencia mapuche en lo que antaño fueron sus tierras, empujando en un proceso de recuperación de identidad de largo aliento. En los días siguientes nos íbamos dando cuenta de que hay muchos ríos y errores respecto a lo que el pueblo mapuche es, producto, tal vez, de nuestra mentalidad colonizadora y colonizadora, es decir, occidental, pero con ese componente desdibujado latinoamericano que nos hace ocultar lo que nos parece un lamentable incidente en el recorrido de nuestra modernidad.

Debo decir que si la simpatía por la historia y las luchas del pueblo mapuche saltan a la vista en esta crónica, eso no es producto de una opción a priori, sino que ésta fue en aumento a medida que fuimos recibidos por las comunidades. Se me había dicho que los mapuches no tienen humor, o son

"cerrados", que al huinca lo miran peyorativo, que no lo aceptan: el contacto que se estableció con ellos desde el primer día me demostraría lo contrario. No sé si me "aceptaron", pero sí sé que, de alguna manera, el cariño fue mutuo y que me entregaron su confianza y su amistad.

El primer día tomamos un vehículo que nos llevó desde Lautaro hacia la comunidad de Callico (*wanteches*) por un camino agreste y difícil, en medio de paisajes que parecían salidos de la mano de un pintor de grandes planos de color: el ocre convivía con el siena y el verde, el blanco con el azul y el amarillo. Bellísimas tierras que alguna vez habían sido mapuches y a las que, desde la "Pacificación" comandada por el coronel Saavedra (en la segunda mitad del siglo pasado) hasta hoy, continuas y regulares usurpaciones han ido enajenando de su esencia vital y cultural. No pudimos evitar pensar ¿cuántos que han visto o ven estos paisajes saben o sospechan que detrás de tanta belleza existe el dolor de un pueblo desgredado? ¿Cuántos, que dejarán de lado los prejuicios y lo poco y nada que enseñan los textos oficiales para adentrarse en la indignante realidad del "problema mapuche"?

Llegamos finalmente a nuestra meta. Entramos, a campo traviesa, al sector de Vega Larga donde la comunidad de Callico vive como "allegada" (ya no cuentan ni siquiera con las 88 hectáreas a las que se vieron reducidos por la voracidad de colonos y otros "dueños de la tierra", lo que los tiene sembrando a medias con otras comunidades y sólo para consumo propio). Salen a recibirnos y nos saludan con un ¡Mari mari, peñi! ¡Mari mari, lamñen!. Nuestra guía, Carmen Pehisona, nos explica que *peñi* es el término que se usa con los hombres y *lamñen* con

las mujeres... La *werken* de la comunidad, Audilia Rosa Manquilef, se encuentra ausente; anda con su hijo enfermo donde la *machi* (nos encontraremos con ella en el camino de regreso).

Y mientras tomamos mate al interior de la ruca (afuera llueve), nos cuentan que antes de 1901, años de la "radicación", eran 22 jefes de familias que vivían en tierras sin divisiones y sin disputas irreconciliables entre los hermanos. Pero las comunidades comenzaron a ser rodeadas por colonos que pronto iniciaron corridas de cerceos, quemadas de chozas, compras fraudulentas, trueques sin especificar los límites exactos del cambio, etcétera. Y los documentos que alguna vez firmaron los mapuches de esa época (que no sabían leer ni escribir el idioma huinca) no estaban elaborados mutuamente, sino que por los abogados de los mismos colonos. Por eso, el problema ahora es que a pesar de tener documentos que, firmados y reconocidos por entidades huincas, prueban que las tierras hoy usurpadas pertenecen a las comunidades, los tribunales y otras autoridades se niegan a reconocerles validez.

Así las cosas, en junio del 92 iniciaron lo que llaman *recuperación de tierras*, como una manera de llamar la atención de las autoridades y de la opinión pública. Son desalojados, detenidos tres días las mujeres y los niños, cinco días los hombres. Ahora enfrentan, junto a miembros de otras comunidades, un juicio por "ocupación ilegal de terreno" y por "asociación ilícita". Y no logran entender que esto ocurra en un gobierno democrático, cuando recuerdan que en 1970 se había logrado recuperar casi la totalidad de las tierras, pero que les fueron quitadas otra vez después del golpe militar del 73. Entienden menos aún que un ministro de este mismo gobierno democrático los haya tratado de "delincuentes comunes", a raíz de esto. Las palabras del ministro nos acompañarán

durante todas nuestras visitas: los hermanos mapuches nos la repetición con una mezcla de ironía y de rabia.

### Una comunidad inundada

Al día siguiente llegamos a la comunidad de Cói—Coi (*lafkenches*, a la orilla del mar), luego de un azaroso viaje desde Carahue, por un camino rodeado de copihues, rosa mosqueta, mutillas, zarzamoras, y luego de atravesar en balsa el río Pullangue. Nos acompaña Nivaldo Traipe, que pertenece a esa comunidad. El problema allí es duro y cuesta creer que, todavía hoy, ocurran estas cosas: el 80% de las tierras de las que disponen están anegadas por causa de un tranque hecho por el latifundista de la zona, Domingo Durán. Son aguas salobres que atraen parásitos, causan problemas a los animales e impiden cualquier adaptación a ese estado de cosas. Dicen que Durán ha ofrecido comprarles porque quiere esas tierras para establecer un complejo turístico, lo que, de paso, seguirá negando y desnaturalizando las tierras mapuches. Toda una tradición cultural y de vida que se irá perdiendo como ya se perdieron los bosques nativos que antes rodeaban la zona.

Porque no es sólo un problema de más o menos hectáreas (cuentan con tres hectáreas por familia, lo cual los reduce a un mínimo de subsistencia); es un problema de identidad: sin tierras hay desgregación: los hijos se van a las ciudades porque no hay tierras suficientes para trabajar y vivir según sus tradiciones. El viejo lonko Juan Angel me habla en mapudungún con una fuerza y convicción impresionante y me doy cuenta, por primera vez, de la misticidad y fluidez de esa lengua (como no la sé, me doy tiempo para escucharla). Nivaldo nos traduce con cierta dificultad, porque el mapudungún es muy rico en implicaciones, dice, y la traducción castellana es sólo un pálido

reflejo del mundo que expresa cada palabra. Pero creemos captar algo esencial: que la división de las tierras trae la división del pueblo mapuche en su esencia, que ya no pueden crecer en políticos huincas que sólo vienen a dar calmates, que se seguirá la lucha por la faja matriz que los divide como pueblo y como seres humanos que pertenecen a la tierra.

**La tierra es vida y cultura**  
En todas las comunidades en las que estuvimos, una idea central estuvo presente en las conversaciones: la idea de que la tierra para el mapuche no es un espacio para explotar, no es sólo una cantidad de hectáreas para sembrar y cosechar o instalar una vivienda. Cuando dicen *mapu* dicen muchas cosas y la palabra *tierra* con la que traducimos que la tierra implica como tal.



VERONICA CASTRO

Arriba, la comunidad de Wailkalo Morales con sus lonkos y *werkenes*. A la derecha, el *werken* Audilia Mankilef y su hijo enfermo. Abajo, la bandera mapuche en Temuco.

En su interior hay muchos poderes, fuerzas diversas; por ella y en ella pasan toda clase de cosas que se producen, se reproducen, mueren, vuelven a nacer o se mantienen como conocimiento. Por eso su religión no es vertical; el cielo no es más que la tierra ni viceversa. Ningún elemento es superior a otro, ni el hombre ni la naturaleza. Por eso, nos dice el *machi* Víctor Kaniniullán de la comunidad de Killem, si la naturaleza se muere, si la tierra pierde fertilidad, algo se rompe en ese equilibrio y con ello se pierden muchas cosas: la fuerza, la medicina, la posibilidad de sobrevivencia, la cultura, la memoria...

El *machi* Víctor nos aclara muchas cosas, por ejemplo lo que es un *machi*. No es sólo en médico, esa especie de hechicero que los huincas creen. Es un educador de la comunidad desde el punto de vista filosófico, científico y astronómico mapuche. Es el lector de la naturaleza, de los *newenes* (fuerzas naturales). Es el que encabeza los ceremoniales de predicción y que transmite el conocimiento de cada poder, por eso un *machi*, una *machi*, siempre está soñando: el sueño siempre comunitario porque está ligado a la naturaleza. Por todo eso, el *machi*, la *machi*, es quien mantiene la identidad del pueblo mapuche. Le preguntamos si en su rol medicinal es retribuido con algo, y nos explica que sí, pero que no al estilo occidental, según tarifas u otros, sino que en términos de convivencia (muchas veces no tienen con qué retribuir una curación, pero "eso no es un problema porque lo importante es curar a la persona"). "El mapuche tiene mucho que aportar a la sociedad chilena", nos dice finalmente.

**Fin de la vida comunitaria**  
Precisamente, tenemos mucho



VERONICA CASTRO

que aprender de ellos porque, como nos dirán en la comunidad Wailkalo Morales: la tierra para el mapuche no es lo mismo que para el huinca. Mientras el primero la respeta, para el segundo sólo importa el provecho económico aunque éste signifique agotarla, destruirla, dejarla infértil. Por eso, también, nos dicen que las organizaciones pro—gubernamentales no pueden comprender la raíz del problema: ellos sólo tienen una visión política, sin considerar que para el mapuche la tierra es vida y cultura y que sin ella se pierde la identidad. Y hablan de la famosa Ley 2568 sobre división y subdivisión de las comunidades mapuches dictada en 1979 en pleno período de Pinochet, con lo cual se crea la noción teórica y práctica de propiedad privada, que destruye la vida comunitaria, colectiva, propia de la tradición mapuche.

Así, tantos jóvenes que no cuentan ni siquiera con las dos o tres hectáreas que se otorgan en virtud de esa ley, terminan yéndose a la ciudad, empleándose en los trabajos más bajos, colonizándose cada vez más con el sistema de vida huinca y el pueblo mapuche se sigue desgredando y dividiendo, estando en peligro de desaparecer. Por eso, reconocen, si con los lati-

**Una calle en la catedral**  
En Poicura, al lado del lago Villarrica (Kallafkén para los mapuches), la comunidad huilliche de la zona, tiene un problema que es casi un símbolo de lo que es la conducta del huinca: la pampa sagrada donde realizan los *ngullatunes* está atravesada por un camino que se abrió a petición del cura de una iglesia cercana. Como me comentaba nuestro guía y *werken wenteche*, Pablo Wentleao, eso equivale a abrir una calle por el medio de la

Para los mapuches, la convivencia con el pueblo chileno ha sido unilateral, porque, dicen, mientras ellos respetan a los chilenos, éstos hasta ahora sólo han impuesto su punto de vista: sólo les importa el dinero.



VERONICA CASTRO

catedral de Santiago... Pero han logrado crear conciencia del problema y hoy cuentan con el apoyo de los carabineros de Cocharipe, quienes los ayudaron a correr los postes de la luz y apoyan, como también el alcalde, el desvío de dicho camino. Por supuesto, emblema del progreso, no podrán seguir teniendo esa tierra abierta, como antaño; ahora tendrán que cerrar para mantenerla limpia (es un templo y un templo no puede ser ensuciado).

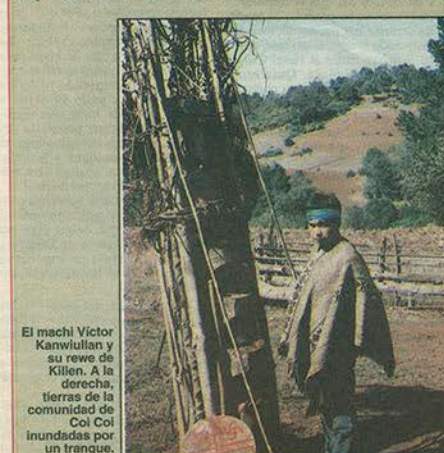
### Aprender a convivir

Estamos reunidos con el consejo de la comunidad al interior de la ruca del lonko Alejo Chañapi (nieta de un lonko que dio la última batalla contra el invasor en el cerro Malankura, "que tiene tanta historia que contar"), tomando mate, comiendo un maravilloso pan recién hecho y conversando, mientras afuera llueve a cántaros. Les digo que tuve una gran sorpresa cuando un lonko de otra comunidad me dijo que los mapuches no son una sociedad guerrera. Les explico que desde el poema de Ercilla, *La Araucana*, para adelante, siempre se nos repitió lo contrario. Rien cuando observan en mí un ligero dejo de decepción y explican que el pueblo mapuche estaba concentrado, compacto, desde el Maule hacia el sur y que fue eso lo que les permitió no dar entrada al Inca invasor, por ejemplo, pero que a la llegada de los conquistadores no tuvieron más remedio que organizarse para la guerra. El *Toki* no existía antes de eso, fue producto de la necesidad de defenderse frente a la invasión; el mapuche no era guerrero. Es más, el modo de vida mapuche no lo necesitaba, precisamente por ese sistema comunitario, colectivo, que hace que el lonko (si bien se hereda la posibilidad de serlo) es elegido no para mandar, sino que para guardar la armonía comunitaria, recordar las normas, la tradición. Y es esta conciencia comunitaria ("si soy más que mi hermano, necesariamente lo subor-

dino") la que las leyes huincas también han destruido. Por eso, ante mi pregunta sobre qué es ser mapuche hoy, me responden que "es remover un pasado histórico, sabiendo que nuestra historia no es una historia conseguida. Mientras haya mapuche seguiremos siendo: un pueblo no puede morir para siempre porque nada aún ha terminado, sobre todo si estamos conscientes de nuestros derechos y de lo que somos realmente".

Pero también me dicen que la convivencia con el pueblo chileno hasta hoy ha sido sólo unilateral. Ellos, los mapuches, respetan al chileno como tal; sin embargo, el pueblo chileno hasta ahora sólo ha impuesto su punto de vista, no ha considerado para nada que la convivencia es una experiencia mutua. Es el pueblo chileno al que ahora le toca comprender. Es más, dicen que la sociedad chilena debe actualizarse porque está en descomposición; ya no saben lo que es la convivencia, no respetan la tierra, ni siquiera les importa qué ocurre con ellos mismos, sólo corren detrás del dinero y ya no producen para vivir sino que viven para producir.

La lluvia se detiene cuando los hermanos se reúnen a jugar un *palón* (lo que el huinca llama *choc-ca*). Los observo jugar y gritar, como es normal en esos casos, teniendo presente que este juego no es una competencia al estilo nuestro, con "Garras Blancas" y "Los de Abajo", sino que es un juego que permite reunirse, conversar, *probarse* a sí mismo, y experimento una extraña mezcla de gran alegría de haber tenido el privilegio de conocer un pueblo hermoso, digno, sabio y una pena terrible por la situación a la que lo tienen reducido: hay grandes intereses económicos y políticos en juego que tienen todas las de ganar, aunque sea momentáneamente, si no elevamos nosotros la voz desde el interior de nuestra huinca sociedad chilena. Si lo hacemos, al menos habremos comenzado a aprender a convivir.



El *machi* Víctor Kaniniullán y su *rew* de Killem. A la derecha, tierras de la comunidad de Cói Cói inundadas por un tranque.



367010  
MARTIN 1993